



CAPÍTULO X

El Párroco de Ars dando consejos en medio de la multitud.

ERA el Párroco de Ars, para servirnos de una comparación de San Francisco de Sales, como esos grandes abrevaderos donde todo el mundo tiene el derecho de ir á beber. Cuando en una situación difícil tenía alguien necesidad de luz y consejo, recurría á él. Muchos que sólo deseaban hacer alguna pregunta al santo sacerdote, no pudiendo romper el impenetrable cerco que rodeaba su confesonario, espiaban sus salidas y procuraban hablarle al paso.

Era uno de los espectáculos más extraordinarios y conmovedores que pueden verse el que ofrecía el santo Párroco, aclamado y vitoreado con profundo respeto por un gentío inmenso, cuando pasaba diariamente de la casa rectoral á la de la *Providencia*, donde estaban hospedados los Misioneros. Desde que aparecía en público, todas las cabezas se descubrían, todas las bocas aclamaban su nombre, todos los brazos se extendían hacia él, y todos los corazones volaban á su encuentro. Su presencia hacía olvidar todo, y lo dominaba todo. Las miradas, las aspiracio-

nes y los pensamientos de todos tendían hacia aquella fisonomía transfigurada por la penitencia, la contemplación y los ardores del divino amor. El deseo de aproximarse á él no era menor que el que manifestaban los pueblos al paso de los Santos más ilustres, y especialmente al de Santo Domingo, que no podía presentarse en público sin que le siguieran los grandes y el pueblo, quienes se creían felices con sólo tocar al Santo, y mucho más si conseguían cortar un pedazo de su vestido como reliquia. Una cosa parecida sucedía frecuentemente al santo Párroco de Ars; pero él, como si esas demostraciones de veneración fuesen dirigidas á otros, se envolvía en el manto de su humildad y seguía su camino, sin hacer caso de lo que pasaba alrededor, y atento únicamente á las preguntas con que se le abrumaba en ese momento, para responder á todos.

Por lo demás, el buen Padre (así le llamaban todos los forasteros llegados de diversas comarcas del mundo, cuando le veían por primera vez; pues ese nombre querido y venerable era el que mejor expresaba los sentimientos que hacía nacer la presencia de aquel hombre que, renunciando á la paternidad de la sangre, adquirió sobre las almas, por la fecundidad del sacrificio, una paternidad más generosa y más digna de respeto); el buen Padre condescendía gustoso á todas las exigencias de la multitud, de cualquier naturaleza que fuesen. Jamás dejó sin contestación una sola pregunta, á no ser que fuese absurda y ridícula. Nada podía igualar á la prontitud y claridad de sus respuestas, dadas en el momento que terminaba la pregunta. Esta particularidad es tanto más notable, cuanto que el Párroco de Ars era tan

modesto como delicado de conciencia, y se trataba muchas veces de gravísimos intereses y de soluciones muy importantes.

Tenía el santo Párroco el excelente dón de sacar todas las cuestiones de la luz falsa en que las colocan la pasión, el amor propio y el interés. Él las examinaba á la luz clara para verlas mejor, y la luz clara de un alma santa es la luz de la eternidad. Por esto había seguridad de hallar en su palabra la revelación de lo justo y de lo verdadero, y una faz tal vez desconocida de la verdad; decía lo que no había oído, y lo que sabía él solo, que lo había recibido del mismo Dios. No se le comunicaba siempre esta lucidez en la misma medida; él era instrumento de las gracias divinas, y esas gracias se concedían principalmente á la buena fe de las personas que le consultaban. Dios le ilustraba por misericordia hacia ellas, y le concedía en favor de esas almas las luces que deseaban.

Ordinariamente aconsejaba una Novena al Espíritu Santo ó al Sagrado Corazón de María para las necesidades del alma, y á Santa Filomena para las del cuerpo.

Todo el que llevaba á Ars verdaderas necesidades y un sincero deseo de obtener luces y gracias, las recibía en la medida de sus necesidades y deseos. Mas cuando la iluminación pasaba, y con ella el rayo de la luz, no había que insistir. Muchos se buscaban á sí mismos, y, siguiendo su propia voluntad, se obstinaban, esperaban, volvían á la carga, insistían con tenacidad para conseguir una respuesta que contentase su vanidad y satisficiera sus miras ambiciosas, ó su necesidad real ó aparente. Algunos había que, al parecer, querían monopolizar al siervo de Dios con to-

das sus gracias y privilegios. Esos moscardones de la peregrinación no conseguían de él más que contestaciones indeterminadas y evasivas: ó no respondía, ó su respuesta no daba luz. Sucedia á esas personas lo que á los mendigos indiscretos: el rico, á quien molestan con su incesante clamoreo, y que ha sido ya en otras ocasiones generoso, les despide diciendo: «No puedo.»

Para el siervo de Dios toda ocasión era buena para dar sanos consejos, ó inspirar un pensamiento piadoso: su palabra afectuosa, apropiada á cada uno, se insinuaba en los corazones, y dejaba en ellos cierta impresión luminosa. Hallábase uno vencido antes de haber pensado en defenderse: los Santos, que saben el poder de una palabra dicha en nombre de Jesucristo, aun á los que no le conocen, se consideran como enviados suyos para toda criatura que encuentran y no se alejan de ella sin haber depositado en su corazón un germen de salud. El venerable Párroco tenía palabras misteriosas, acomodadas á las necesidades de todos; y muchas veces bastaba una de esas palabras para llevar al alma luz y vida verdaderas. Esa palabra destruía el mal en su principio, ó le detenía en sus progresos; deshacía la fascinación del error, y demostraba la verdad; cicatrizaba heridas antiguas, ó indicaba los remedios más eficaces para reparar sus consecuencias. La palabra del Párroco de Ars, ya fuese llena de unción ó de sequedad, de dulzura ú obscuridad, siempre era la que convenía, y raras veces dejaba de producir su efecto. Sólo Dios sabe lo que ha pasado en sus particulares entrevistas; pero en el secreto de esas confidencias, que tenían por objeto la gloria de Dios y la salvación de las al-

mas, preparaba el santo Párroco las conversiones prodigiosas que se obraban después en el confesionario.

Era consiguiente que la gran desconfianza del siervo de Dios hacia sí mismo, la abnegación de su propio juicio y voluntad, y su profunda humildad de espíritu y de corazón, fuesen recompensadas por un discernimiento y prudencia celestiales. ¡Cuántas veces se vió rodeado de personas que deseaban servir á Dios en el estado más perfecto! Y ¡cosa admirable! aconsejaba á una entrar en religión, á otra casarse, y á otra vivir célibe sin salir del mundo. El tiempo venía á probar á cada una que, siguiendo su consejo, había sido fiel á la voz de Dios.

Un profesor de Seminario menor escribía al señor Foccanier, con fecha 6 de Abril de 1836, lo siguiente: «Tengo necesidad de hablar al Párroco de Ars, y sólo dispongo de un día, que es el de Pentecostés. Sensible me sería no conseguir mi objeto, después de un viaje tan largo, costoso y molesto. ¿Puedo tener la seguridad de hablar unos momentos con el Párroco de Ars? En caso afirmativo, decidme á qué hora.»

Este joven eclesiástico se presentó al siervo de Dios en el día y hora señalados: había recorrido la distancia de cien leguas para tener algunos minutos de audiencia. Le vimos al salir, y parecía que bajaba del Tabor: su rostro estaba como iluminado. «¡Qué hombre! exclamó: vuestro santo ha resuelto en dos palabras una cuestión que nadie había resuelto hasta ahora. Han desaparecido todas mis dudas.»

Un Párroco de la diócesis de Autun tenía que resolver cierto caso de justicia y restitución muy complicado. Mucho había trabajado para hallar su solu-

ción, pero en vano; había leído, reflexionado y consultado: la duda continuaba. Llegó á Ars, consultó con el santo Párroco, y la cuestión difícil fué resuelta en el momento. El siervo de Dios no le dijo más que una palabra; pero esa palabra tan sencilla y perentoria nadie la había dicho antes, ni la había hallado en ningún tratado; y sin embargo, esa palabra respondía á todo. Derramó una luz tan clara y tan instantánea sobre el punto más oscuro de la cuestión, que el interlocutor no pudo menos de decir entre sí: «Este hombre está inspirado.» Y añadió en alta voz: «Señor Párroco, ¿dónde habéis cursado vuestra Teología?» Y el siervo de Dios le mostró silenciosamente el reclinatorio donde hacía oración.

La rapidez y seguridad del golpe de vista, así como la rectitud de juicio del Párroco de Ars, no procedían de su perspicacia natural, ni eran efecto de su primera educación. Tampoco eran el resultado de lecturas continuadas, de estudios serios, de largas reflexiones ó de conocimientos adquiridos. Más seguro es afirmar que en el espíritu del humilde Párroco había un tipo de verdad, un criterio latente, pero infalible; una llave que le servía para abrir las puertas de los corazones más cerrados, un hilo conductor que le guiaba en el laberinto de las conciencias, y hasta un timbre que resonaba destemplado al contacto de lo que era malo ó inexacto, y armónico al toque de lo que era recto y justo.

Además de las cuestiones ordinarias relativas á intereses privados, el Párroco de Ars tenía que resolver otras de suma importancia. Por él ha sido Ars, durante mucho tiempo, la oficina donde el genio de la fe y de la caridad ha preparado y consagrado sus

empresas de beneficencia. ¿Quién podrá contar las obras católicas que han nacido en Ars, y las que, nacidas en otro sitio, han recibido allí el bautismo y la fecundidad? De todas partes se le consultaba y se le pedía su bendición para fundaciones, establecimientos, comunidades, escritos y obras de gran celebridad. Dios se complacía en mostrar visiblemente, por medio de su siervo, la omnipotencia de su poder soberano: con una sola palabra realizaba lo que decía, lo que quería, lo que pedía; decidía una vocación, ó hacía edificar un monasterio, una escuela, una *Providencia*, una casa de asilo ó un hospicio.

Su maravilloso instinto adivinaba al primer golpe de vista las dificultades de una empresa, y las razones en pro y en contra de su creación. Desechaba resueltamente los proyectos hijos de un celo indiscreto, del amor propio ó de la actividad de un espíritu inquieto. Mas cuando en cualquiera fundación descubría un fin puramente cristiano, le daba su aprobación y cooperaba eficazmente para establecerla. En la mayor parte de las obras contemporáneas se hallaba algo del Párroco de Ars: felicitaba á los fundadores, tomaba parte en sus penas, se regocijaba con ellos, les trataba con especial consideración, y les animaba y fortalecía contra el desaliento consiguiendo á las grandes contradicciones y penosos desengaños que acompañan á las obras de Dios en su principio. Mucho pudiéramos decir sobre este particular; mas nos limitaremos á hablar de una Congregación que debe la existencia á sus consejos y oraciones.

El 1.º de Noviembre de 1853, hallándose en presencia del Santísimo Sacramento una cristiana generosa, se sintió inspirada á fundar cierta institución

para favorecer á las benditas almas del Purgatorio. Dos años próximamente transcurrieron sin que la abandonase tan santo pensamiento, cuando se le ocurrió la idea de consultar al Párroco de Ars, creyendo que era el hombre elegido por la Providencia para ayudarla en su obra. El 30 de Octubre de 1855 suplicó al siervo de Dios que se dignase meditar su proyecto durante el día de los Difuntos; lo hizo así, y el 11 de Noviembre contestó que la idea de fundar un instituto religioso para aliviar las almas del Purgatorio venía directamente del Corazón de Jesús, y que éste bendeciría el proyecto.

Previendo la fundadora que la familia se opondría á su obra, recurrió nuevamente al santo Párroco, y con fecha 25 de Noviembre le dió la contestación siguiente: «Las lágrimas del sentimiento natural se enjugarán más pronto que las que se derraman en el Purgatorio. Oraré para que, en el combate que sostenéis, triunfe la gracia sobre la naturaleza.» La fundadora, siguiendo el consejo del señor Párroco, se trasladó á París el 19 de Febrero de 1856: al comenzar su obra se vió asaltada por multitud de cruces y contradicciones, que llegaron á conocimiento del venerable Párroco por un encargado de la fundadora, contestando éste lo siguiente:

«Antes de tomar usted una resolución, ha orado, consultado y considerado detenidamente los sacrificios que se iba á imponer. Tiene, pues, todas las garantías posibles: ¿qué le falta? Las contradicciones y las cruces: si las tiene ya, motivo hay para regocijarse en el Señor. Decidla, pues, que esas cruces son flores que bien pronto darán frutos.»

En efecto: la naciente Comunidad, alentada por el

santo Párroco, redobló sus oraciones, venció las dificultades, se proporcionó casa, tomó posesión de ella el 1.º de Julio de 1856; y, á proporción que aumentaban sus individuos, la Providencia aumentaba sus dones, y con ellos crecía á la vez la ayuda en favor de los muertos en el Señor. La nueva Comunidad cumple con el fin de su institución, que es «*orar, sufrir y trabajar* por las almas del Purgatorio.»

Pocas veces dejaba el venerable Párroco las alturas en que su alma gozaba de las alegrías puras de la contemplación para descender al terreno de las pasiones políticas. Cuando, en fuerza de preguntas, se le obligaba á emitir su juicio sobre tal ó cual crisis política, sobre este ó aquel peligro social, la tristeza de su alma se revelaba en acentos profundos, y su palabra arrojaba á veces como rayos de luz profética. Fuimos testigos de sus angustias mortales cuando comenzó la guerra de Italia; temía que el fuego encendido del otro lado de los Alpes se propagase hasta la casa sagrada del Padre de la familia cristiana.

Sabía que la causa que íbamos á defender era la de un Gobierno que había perseguido y despojado á la Iglesia. A medida que se prolongaba la lucha, aumentaban su turbación y ansiedad; y, mientras se cantó el *Te Deum* por la batalla de Magenta y Solferino, lloró mucho. Algunos días antes de la paz de Villafranca manifestó que la guerra comenzada duraría mucho; y cuando se firmó la paz entre los Emperadores, como nos regocijábamos en su presencia por tan feliz suceso, súbitamente nos detuvo para decirnos con un profundo suspiro: «¡Ay, amigo mío, aún no se ha concluído!»

La ciencia de Dios da á quien la posee cierta sagacidad y fuerza, que eleva y dilata el espíritu á la vez. «Lo que hay más admirable para mí en la vida de los Santos, ha dicho un eminente cristiano y gran político, es cierta cosa que creo no ha sido convenientemente apreciada. El hombre habituado á conversar con Dios, en igualdad de circunstancias, excede á los demás por la fuerza de su razón, y sobre todo por ese sentido práctico que se llama *buen sentido*. Entre las personas que conozco, las únicas en quien he hallado un buen sentido imperturbable, una verdadera sagacidad, una maravillosa aptitud para dar soluciones prácticas y sabias á los problemas más difíciles, y para hallar siempre una salida en los negocios más arduos, son los que han llevado vida contemplativa y retirada.» (Donoso Cortés, *Ensayo sobre el Catolicismo*, lib. VIII, cap. I.)

